

para acribillarlas con los envenenados dientes de sus odios y venganzas; jueces y jurados ostentaban afectada gravedad, sintiéndose enaltecidos por la importancia de las personas que iban á juzgar. De repente, todas las miradas se fijan en un punto: los acusados entraban. No pudo reprimir el público un murmullo de compasión al notar su juventud, lo sereno de sus semblantes, lo suave y delicado de sus facciones. Todos se hallaban en la flor de la edad y en la plenitud de su talento; algunos, en todo el brillo de su juventud y de su hermosura. Brissot, Gardien y Lasource tenían treinta y nueve años; Vergniaud, Gensonné y Lehardy, treinta y cinco; Mainvielle y Ducos, veintiocho; Boyen Fontfrède y Duchatel, veintisiete; Duperret, cuarenta y seis; Carra, cincuenta; Valazé y Lacazé, cuarenta y dos; Duprat, treinta y tres; Sillery, cincuenta y siete; Fauchet, cuarenta y nueve; Lésterp Beauvais, cuarenta y tres; Boileau, cuarenta y uno; Antiboul, cuarenta; Viger, treinta y seis. Leyóse el acta de acusación, y se procedió á la declaración de los testigos. Lástima fué que los procesados no se mantuvieran á la altura de su saber y de su dignidad. El espíritu cedió á la flaqueza de la carne. Olvidaron por un instante que su condenación estaba dictada de antemano. Dejáronse seducir por la esperanza, lo último que se pierde, de que aún podían salvar la vida, y apelaron para defenderla á todo género de medios. Invocaron la energía que desplegaran para derribar á Luis XVI y enviarle al cadalso; atenuaron el recuerdo de su lucha contra Marat y contra la Montaña; negaron hechos que eran del dominio público, y echaron sobre sus amigos ausentes muchos de los cargos que se les dirigían, denunciándose los unos á los otros. La escena fué tristísima. Un jurado acusa á Lasource de haber dicho que la matanza del dos de Septiembre era obra de cincuenta bandidos pagados por Robespierre y Marat, y la pregunta qué pruebas tiene de la verdad de este aserto. Lasource protesta de que él jamás pensó cosa semejante. Tinville lee una carta, fecha treinta y uno de Octubre del noventa y dos, hallada en los papeles de Lacazé, y en la que éste decía: «Acabo de saber, querido primo, la toma de Maguncia por los aliados; todo marcha bien, pero, ¿los crímenes de Marat quedarán impunes?» Lacazé no se ruborizó de descender á esta indigna justificación: «Yo he sido adversario de Marat en la Convención Nacional; pero declaro que, cuando fué asesinado, me dolí como si yo mismo hubiese recibido el golpe.» A la acusación de haber ordenado el arresto de Hebert, Dobsent y Varlet la noche del veinticuatro al veinticinco de Mayo del noventa y tres, dirigida contra Boyer-Fontfrède, Gardien y Viger, como individuos de la Comisión de los Doce, contesta el primero que «su opinión sobre dichos arrestos no estaba conforme con la de sus colegas»; el segundo, que «no se acordaba de haber firmado las órdenes, que no asistió el día en que se expidieron los mandatos»; el tercero, que «organizada la Comisión, Buzot, Barbaroux y Gorzas comparecieron y dijeron que ellos tenían el hilo de una conspiración y que iban á dárselo...; yo interrogé al ciudadano Dobsent, que me denunciaba como uno de los jefes de los supuestos conspiradores, y convencido

de lo contrario, reclamé enérgicamente contra la orden de arresto.» El más posilánime y cobarde de todos fué Boileau, el cual, como no pudiese menos de reconocer que había asentido el arresto de Hebert y de Dobsent, pidió permiso para leer su profesión de fe en la Comisión de los Doce, en la que reniega de sus amigos y de sí mismo, declarándose *francamente montañés*. Ni el mismo Verniaud supo sustraerse á la debilidad, aduciendo al contestar á Hebert, con la elocuencia de sus mejores días, todo lo que había hecho en la Asamblea legislativa contra el Rey y sus ministros. Hé aquí uno de sus párrafos: «El primer hecho de que el testigo me acusa es de haber formado, en la Asamblea legislativa, una facción para oprimir la libertad. ¿Es formar una facción opresora de la libertad, imponer un juramento á la guardia constitucional del Rey y hacerla disolver en seguida por antirrevolucionaria? Pues eso he hecho yo. ¿Es formar una facción opresora de la libertad, desvelar las perficias de Lessar? Eso he hecho yo. ¿Es formar una facción opresora de la libertad, correr al primer toque de alarma, en la noche del nueve al diez de Agosto, á presidir la Asamblea legislativa? Eso he hecho yo. ¿Es formar una facción opresora de la libertad, atacar á Laffayette? Eso he hecho yo. ¿Es formar una facción opresora de la libertad, levantarse contra los peticionarios designados con el nombre de los ocho mil y los veinte mil? Eso he hecho yo. Yo he tenido el derecho de estimar á Roland. Las opiniones son libres, y yo he compartido este delito con una parte de Francia. ¿Qué es menester hacer aún para consolidar la República con el ejemplo de los más valientes de sus hijos? ¿Morir? Pues eso haré yo.» Enérgica fué la respuesta de Vergniaud á la infame acusación de Fabre d'Eglantine, haciendo responsable del robo del guardamueble á Roland y á la coalición de la que éste formaba parte. «No me creo obligado, dijo Vergniaud indignado, á justificarme de un robo.» Uno solo hubo, entre los acusados, que no renegó de sus actos ni denunció á sus amigos, el más joven de todos, Duchatel, alto, enjuto, pálido, de figura interesante, de sólida instrucción y de agradabilísimo trato. El presidente le preguntó: «¿Quiénes eran los pasajeros que estaban con usted en el edificio donde ha sido usted detenido?»—«Tenían nombres distintos de los suyos», contestó Duchatel; «el uno se llamaba Meran, el otro Dubois.» Hermano no pudo sacarle más. Entonces le hizo esta pregunta: ¿Es usted el que, con gorro de dormir, vino á votar contra la muerte del tirano?—«Como no tengo que ruborizarme de ninguno de mis actos, respondió, declaro que ese fui yo.»

El proceso se alargaba; cinco días se habían pasado en debates entre los testigos y los acusados; Hebert, temiendo que el interés público se despertase y se le escapasen las víctimas, corre al club de los jacobinos; éstos envían una diputación á la Asamblea Nacional pidiendo que el proceso se abrevie; lo mismo le representa el acusador público en carta, y aquel mismo día, veintinueve de Octubre, la Convención decreta, á propuesta de Robespierre; primero, que «transcurridos tres días en debates, el Presidente del tribunal

podrá preguntar á los jurados si su conciencia está bastante informada, y caso de que respondan negativamente, continuará la instrucción del proceso hasta que aquellos declaren que se hallan en disposición de formular juicio; segundo, que el Tribunal extraordinario se llamará en adelante Tribunal revolucionario.» Este decreto se envió inmediatamente al palacio de justicia, y en su vista Herman, al comenzar la sesión del treinta, pregunta á Antonelle, presidente del jurado, si la conciencia de estos se hallaba bien informada, y como respondiese que no, siguió el proceso hasta las siete de la tarde, en que Antonelle manifestó que los jurados se hallaban en estado de emitir juicio. Al punto, sin que el acusador público pronunciase la requisitoria, sin que se dejase á los acusados ni á sus defensores articular palabra, sin que el presidente hiciese el resumen, se declaró concluido el proceso y los jurados se retiraron á deliberar. A las diez y media de la noche reaparecen éstos; su veredicto es de culpabilidad. «¡Dios mio, Dios mio, gritó Camilo Desmou-lins, mi *Brissot Desvelado* es el que los mata!» Vuelven á entrar los acusados; todas las miradas se fijan en ellos; profundo silencio reina en la sala; entonces Tinville, arrugando la frente, frunciendo las cejas y reforzando su imperiosa voz, pide para Brissot y sus veinte cómplices la pena de muerte, conforme á la ley del diez y seis de Diciembre del noventa y dos. La palabra muerte causó en los acusados un efecto deplorable. Brissot deja caer los brazos é inclina la cabeza sobre el pecho, como víctima resignada. El abate Fouchet alza los ojos al cielo y mueve los labios, como quien recita una oración. Lasource quédase anonadado, y reponiéndose un poco, dice á los jueces: «Muero el día en que el pueblo ha perdido la razón; moriréis el día en que la recobre.» Gensonné, pálido, tembloroso, pide la palabra y pronuncia algunas que no se oyen. Boileau, arrojando su sombrero al aire, grita: *¡Soy inocente!*—«Somos inocentes! repiten todos. Te engañan, pueblo!—Boyer-Fonfrede se arroja en brazos de de Ducos: «Amigo mío, exclama, yo soy el que te mato;» Ducos le aprieta contra su corazón, diciéndole: «Consuélate, querido, moriremos juntos.» Vergniaud parece estenuado de sesión tan larga y guarda silencio desdeñoso. En medio de las voces, invectivas é interpelaciones, suena un grito. «¡Me muerol», que muy pocos oyeron. El presidente ordena á los gendarmes que se lleven á los acusados. Entonces el marqués de Sillery, enfermo de gota, pudiendo apenas sostenerse, arroja en medio del estrado las muletas y grita con vibrante voz: «La muerte dictada contra mí me devuelve todas las fuerzas. Hoy es el día más feliz de mi vida». Los demás condenados protestan, la mayor parte con furor, adquiriendo el tumulto imponentes proporciones. Ahora fué cuando, repiten unánimes todos los historiadores de Vilate á Thiers y de Thiers á Blanc, los sentenciados echaron asignados al pueblo diciendo: «¡A nosotros, amigos!» ¡Asignados! ¿De dónde habían de sacarlos aquellos infelices, si no se les permitía tener dinero y se les registraba escrupulosamente todos los días al llevarles de la Conserjería al tribunal? . Assignados, no; los papeles en que habían escrito las notas para el discurso de defensa



ÚLTIMA NOCHE DE LOS GIRONDINOS

Un Pequeño Casita & Propri

que cada uno pensaba pronunciar, fué lo que arrojaron indignados al estrado, al ver que de nada les servían por no dejarles hablar. Cuando los sentenciados, empujados por los gendarmes, salieron al fin del salón, quedó tendido y bañado en sangre el cuerpo del que había gritado «¡Me muero!» Sin afectarse por lo horrible del espectáculo, Herman pronuncia, contra todos los condenados, la pena de muerte y la confiscación de los bienes; y cumplida esta formalidad, el tribunal oye sucesivamente la relación de dos oficiales de sanidad y la de dos ugieres, declarando, los primeros, que el condenado se había atravesado el corazón de una puñalada y estaba muerto, y los segundos, que el que yacía cadáver era Dufriche-Valazé. El sanguinario Tinville pidió que el cadáver de Valazé fuese ejecutado en la plaza de la Revolución al mismo tiempo que Brissot y sus cómplices. Herman retrocedió ante tan brutal medida, y el tribunal dispuso que el cuerpo del suicida fuese conducido al lugar del suplicio en una carreta que seguiría á las de los otros condenados, é inhumado en la misma sepultura que éstos. Entonces se levantó la sesión, saliéndose el público á llevar la buena nueva á los curiosos estacionados en el gran salón y en los alrededores del palacio de Justicia, todos los cuales saludaron la condenación á muerte de los veintiuno con formidables gritos de ¡Viva la República! Eran las once y media de la noche.

Poco á poco, los condenados recobraron su serenidad. La certeza de la muerte les devolvió el valor. Pasaron su última noche en la Conserjería entonando estrofas de la *Marsellesa* y fortaleciéndose los unos á los otros. Vergniaud arrojó el veneno que le regalara Condorcet, para morir con sus amigos. De banquete no hubo nada. Lo que Thiers, Nodiers, Lamartine y Michelet, han escrito ó pintado acerca de la opípara comida fúnebre con que les obsequiara Beilleul, que desde el nueve de Octubre estaba preso también en la Conserjería, es mero producto de la imaginación. Solamente Buzot, oculto á la sazón en el departamento de la Gironda, habla en sus *Memorias*, publicadas en mil ochocientos veintitrés, de la última cena que celebraron juntos sus amigos, sin consignar otras circunstancias sino que fué agradable y que no faltó en ella la alegría. Pero ni Rioufle, compañero en la Conserjería de los girondinos, que en las «*Memorias de un detenido*», nos relata con tanta minuciosidad los últimos instantes de la vida de aquéllos; ni los periódicos del tiempo, como *Las Revoluciones de París*, *El Antifederalista* ó *El Tío Duchesne*, que no hubiesen desaprovechado la ocasión de presentar á los aristócratas de la Gironda insultando, en monstruosa orgía, á la justicia de la Revolución y á la miseria del pueblo, dicen palabra del banquete. De donde debemos concluir que, si los girondinos al salir del tribunal tomaron juntos algún alimento, esta comida nada tuvo de notable. Lejos de pasar la noche en francachela, como aturdidos calaveras, los condenados tuvieron fijo su pensamiento en la patria, ó en sus familias, ó en representarse las más interesantes escenas de su vida, y muchos se ocuparon en el negocio de su alma, confe-